

La construcción postmoderna de la ruralidad: Tendencias y cambios sociales

Sr. D. Luis Alfonso Camarero Rioja

Profesor de Técnicas de Investigación Social de la UNED

A lo largo de estas líneas trataré de exponer los cambios que la postmodernidad, como enfoque cultural dominante, induce sobre las poblaciones y espacios rurales. La postmodernidad es un concepto tan utilizado como difícil de definir por sus multiplicados sentidos, sentidos que han generado una disparidad de términos. Modernidad reflexiva, tardomodernidad, sobremodernidad, modernidad líquida... no son sino sinónimos que buscan matizar el peso de la modernidad en la configuración de la condición postmoderna. Sin embargo, cuando se habla de postmodernidad, en cualquiera de sus acepciones, siempre se comparte el interés por separarse, por olvidar en definitiva a la modernidad. El espíritu de la modernidad está construido desde la determinación del fin, desde posturas teleológicas, desde la suposición unitaria y uniformizadora del destino. Así, ésta concibe que el progreso y el desarrollo son caminos hacia el futuro, líneas de fuga que buscan olvidar lo pretérito.



El espíritu de la modernidad ha definido a lo rural como espacio atrasado, como sociedad subdesarrollada, y a sus gentes como infraciudadanos. Lo urbano como expresión de la modernidad era el cenit hacia el que debían dirigir sus miradas los pueblos, y de hecho así ha sido, los pueblos se han despoblado, ya que resultaba más sencillo abandonar el barco que hacerlo progresar. El espíritu de la modernidad condenaba al medio rural a la mera productividad, buscaba la industrialización y racionalización productiva a la vez que se despreocupa de sus gentes, considerándoles perdedores en el vagón de cola. En definitiva, la modernidad ha definido a la ruralidad como problema de la sociedad industrial

Dicha definición de lo rural como problema se ha sustentado en la falacia del determinismo biosocial, al decir que el medio produce sociedades diferentes. En este sentido se aseguraba que

quienes vivían en los pueblos eran únicamente agricultores o ganaderos, debido a su adaptación al medio natural, lo que les hacía vivir en asentamientos distintos, pequeños y dispersos, con estructuras familiares específicas y además tenían incluso rasgos psicológicos diferentes. La ciudad, por el contrario, continuaba ostentando su carácter etimológicamente adquirido de civilización. Sirva como ejemplo de lo que estoy diciendo la suposición de que el patriarcado es algo específico de las sociedades agrarias y que incluso está adaptado a dicha forma de vida, es inevitable en las sociedades campesinas. A todo ello se opone el ideal de que en las sociedades urbanas las relaciones son igualitarias, negando por inadaptación al medio la presencia del patriarcado en dichas zonas. Como sabemos, sin embargo, la dominación de género nada tiene que ver ni con pueblos ni con ciudades.

La postmodernidad no es sino el síntoma de la crisis de la modernidad. Crisis que se hace patente en los desastres ecológicos, en los riesgos medioambientales y en la inutilidad del desarrollo para resolver las diferencias sociales y regionales. Así, paralelamente a las crisis de los estados del bienestar centroeuropeos, va fraguándose un importante cambio cultural que pone en evidencia el alto precio del progreso incierto.

En lo que aquí atañe, la ruralidad deja de ser definida como problema y pasa a ser configurada como necesidad. Ya no se trata de ayudar a los subdesarrollados, incultos, analfabetos y montaraces habitantes de los pueblos sino de preservar su cultura y sus ancestrales costumbres y usos. Frente a la modernidad que preconizaba el ocaso de la ruralidad, la postmodernidad preconiza su reinvención, ahora se trata de que los habitantes y pueblos rurales parezcan rurales, actúen como si fueran rurales. Dicho de forma más contundente se les condena a ser rurales. Y es que mientras la modernidad miraba hacia el final, la postmodernidad se fija en el origen, ya no interesa tanto a dónde vamos sino de dónde venimos.

Como decía, hay tantas aproximaciones a la postmodernidad como autores y pensadores. Sin embargo destacaré al menos tres ámbitos que considero cruciales para entender la naturaleza actual y construcción social de lo que se ha venido llamando la “nueva ruralidad”.

Autores como Harvey expresan la transición de la modernidad a la postmodernidad como el paso del modo de regulación fordista a otro denominado de acumulación flexible, o en el caso de Lash y Urry desde el capitalismo organizado hacia el capitalismo desorganizado. Sin ánimo en entrar en debates sobre las transformaciones recientes del sistema capitalista, lo cierto es que el planeta se hace cada vez más pequeño, se recorre a mayor distancia y la movilidad es creciente -compresión espacio temporal-. Lo cierto es que a causa de ese empequeñecimiento geográfico los sistemas sociales se hacen cada vez más independientes de sus entornos locales y próximos y continuamente emergen nuevos sujetos, -fragmentación de sistemas sociales- y lo cierto es que en

esa creciente y acelerada movilidad y en esa múltiple fragmentación y generación de sujetos y actores sociales los códigos comunicativos se complejizan en la medida en que los destinatarios y emisores no están próximos en el espacio –comunicación hermenéutica–.

La compresión espacio-temporal nos remite a la interrelación entre el espacio y el tiempo. La modernidad ha definido un espacio y un tiempo uniformes y lineales e independientes entre sí. Esta uniformidad y linealidad estallan, sin embargo, en la medida en que los medios de transporte y comunicación comprimen el espacio-tiempo. Cada vez se necesita menos tiempo para desplazarse entre dos lugares, o cada vez en el mismo tiempo llegamos más lejos, el planeta se hace cada vez más pequeño, algo que solemos argumentar con el recurso metafórico de la “aldea global”. La movilidad se acrecienta a la vez que pierde progresivamente su carácter permanente, para hacerse de “golondrina”, de ida y vuelta o neonómada. La movilidad crece en todos los ámbitos, laborales, de ocio, formativos, vitales en definitiva. Y a la vez que todo está a menos tiempo, los tiempos también se comprimen y deforman su linealidad y uniformidad. Ya no hay empleo fijo, ni estable, el trabajo se hace cada vez más efímero y estacional, así nos encontramos ante un paisaje de fuerte movilidad y temporalidad.

Esta doble condición del sujeto postmoderno móvil y efímero, lleva a una incesante fractalidad de los sistemas sociales. Característica central de la postmodernidad es la proliferación y continua generación de nuevos sistemas o propiamente dicho subsistemas sociales. Si pensamos un minuto en la historia reciente observaremos como han aparecido una infinidad de sujetos sociales, sujetos que predicán y que actúan políticamente, sujetos que se definen en entornos locales y que actúan a nivel global: Grupos ecologistas, ecopacifistas, feministas, ecofeministas, infinitas ONG’s, asociaciones “slow food”, movimientos vida sana, movimientos 0,7, antiglobalización, condonación de la deuda, movimientos por la soberanía alimentaria... actores sociales que responden a la etiqueta y consigna de “glocalización”.

Un principio que ya es clásico de la Sociología es que los sistemas sociales se definen por sus entornos.¹ Así, al margen de la diversidad social que produce esta actividad social fragmentaria, interesa destacar que todos estos sujetos se refieren a entornos distintos y diferenciados, no hay una visión global ni general sino una fragmentación de definición de realidades sociales que cubren un amplio espectro desde posiciones materialistas de partida, de delimitación del entorno, a posiciones postmaterialistas de destino, de delimitación del sistema. Estos nuevos actores superan con mucho la mera adscripción ideológica, en la medida en que generan distintos “estilos de vida”, se proyectan continuamente en su indumentaria, en sus pautas de consumo, en sus lugares de reunión... Y en esa medida definen a lo rural como entorno, por ejemplo los grupos ecologistas.

¹ Véase al respecto la obra de Niklas Luhmann.

Y por otra parte, la comunicación se desprende de sus códigos unitarios, de sus características de universalidad, la comunicación es cada día más hermenéutica. Situémonos por un minuto en los criptolenguajes del “chat-movil” adolescente. Quienes lean estas líneas es probable que sean incapaces de hablar, de comunicarse así a través de SMS, no porque no sepan manejar estos artilugios electrónicos, sino porque de esta forma no tengan nada que comunicar. No son “iniciados”. Ciertamente las variaciones comunicativas de la postmodernidad han sido procesos hasta ahora poco estudiados pero sí que podría señalarse que aunque cada vez comunicamos más, aunque cada vez producimos más información esta sólo adquiere valor en cuanto que es selectivamente, cada vez más orientada. Si bien, hay autores como Castells que incluso han hablado del modo de desarrollo informacional, desde la nueva lógica comunicacional postmoderna se desprenden otros elementos sustantivos que como se señalará más adelante van a afectar al desarrollo rural, como son la “economía del signo” y una “no-mercancía” significativa: el “riesgo”.

A partir de estos elementos movilidad, estacionalidad, fragmentación y reorientación de entornos sociales y hermenéutica nos podemos hacer una somera idea de que es o a que se refiere cuando se habla de postmodernidad. Veamos ahora las repercusiones que la condición postmoderna tiene sobre el medio y sobre las poblaciones rurales.

Del productivismo a las economías del signo

La posguerra española, y europea convierten al medio rural en un espacio productivo de alimentos a gran escala y pequeño coste que puedan mantener unos salarios urbanos reducidos que permitan altas generaciones de plusvalía urbano-industrial. También el medio rural era productor demográfico –el hombre mercancía- en la medida en que actúa de reservorio laboral para soportar el crecimiento urbano industrial. Sin embargo como es patente esta definición productivista ha ido difuminándose en el tiempo.

Desde la observación de los cambios operados se ha venido proponiendo una nueva etiqueta para diferenciar la actividad económica por su significado. Así ha empezado a hablarse de economía postproductiva para poner en evidencia el valor signo de las distintas producciones. Los economistas clásicos diferenciaban entre el valor de cambio y el valor de uso dentro de una concepción utilitarista mercantil. Autores como Baudrillard, en su indispensable “Economía Política del Signo” hablan también del valor de significado y de los valores simbólicos de los objetos en cuanto que su naturaleza no es exclusivamente material sino que incluye también al conjunto de proyecciones sociales.

Por ejemplo, un coche tiene un valor de uso, nos permite desplazarnos. Tiene un valor de cambio que posibilita que sea utilizado en una transacción mercantil. Pero un coche también tiene un valor signo en la medida en que dice cosas de su usuario, por ejemplo que este tiene familia o que vive en París, y también este objeto distingue a su usuario o propietario de otros, señala de forma simbólica su posición social. Precisamente, los publicistas inciden en el valor signo de los

objetos, los objetos, las mercancías en definitiva son elegidas por el consumidor en función de lo que dicen de él. Y así, son ahora producidas las mercancías para decir algo de nosotros antes incluso, en muchos casos, que para ser utilizadas. Esto es francamente evidente en las producciones rurales. En cierta medida las actividades rurales han progresado desde su orientación como producciones orientadas únicamente por su valor de uso, a producciones destacadas por su valor signo.

Me basaré en tres ejemplos para exponer el cambio de las economías productivas a las economías postproductivas. En Oma, pequeño lugar cercano a Gernika en la reserva de la biosfera del Urdaibai hay un bosque de pino insignis. Como es sabido el pino insignis es una conífera de rápido crecimiento, que ha supuesto la sustitución, en muchas zonas de la geografía española, del bosque autóctono por el cultivo de dicho árbol con aplicaciones en la industria maderera y papelera. El pino insignis ejemplifica el espíritu de la modernidad, expresado en el desarrollo productivo y en la eliminación de los usos tradicionales. Por ejemplo el abandono del “carboneo” de los hayedos o las explotaciones ganaderas en los robledales. El bosque del que les hablo aquí, no produce madera, es un bosque para ser visto. Supongo que el lector habrá adivinado que estoy hablando del bosque animado por el internacional escultor Ibarrola. Una especie productivista, que no produce madera sino que produce turismo. En este caso a la mercancía se le ha desprendido totalmente de su valor de uso para dotarle de un valor símbolo.²



“El bosque de Oma”. Ibarrola

² La importancia simbólica de este bosque es tal, por lo que significa su autor, que periódicamente sufre desperfectos y talas.

El segundo ejemplo es una granja-escuela. Una granja todos sabemos lo que es, es una unidad productiva. Cuando una granja se apellida “escuela”, resulta que es una no-granja. Es como una granja, es un ideal de granja, que no produce mercancías sino servicios, hace que produce alimentos. Los niños ordeñan las vacas y luego desayunan leche que ha sido traída en “tetrabriks” y comprada en el mercado o incluso importada. Aquí la mercancía se convierte en excusa en mero soporte del signo. Se crea la ficción de una producción material para producir servicios.

Un tercer ejemplo que simboliza perfectamente la reconversión de las economías productivas en economías postproductivas y que permite observar como la postmodernidad define y modifica la ruralidad actual es el Tourmalet Español. Me estoy refiriendo al Angliru, foco de atención mediática durante un día de septiembre de todos los años. El Angliru era una pista ganadera, un puerto en su sentido más literal situado en una zona que ha vivido el impacto de la modernidad. Ha conocido la crisis de los negro, del carbón, y de lo blanco, de la leche. Cuando cesa la actividad ganadera y ya no pasan vacas por esta vía, se asfalta con fines de vigilancia medioambiental, para ser elevado un día a la categoría de la última frontera del ciclismo para comprobar el límite humano y la satisfacción mediática. El Angliru es una vía sin ganado y una carretera que no conduce a ningún sitio y aún así produce, aunque no, y aquí está el detalle, en el entorno local, sino en los centros de gestión multinacional.

Estos tres ejemplos son casos extremos de fenómenos de largo recorrido que caracterizan hoy a la ruralidad. La ruralidad ya no es sólo un mero soporte productivo de materias primas. En su construcción postmoderna adquiere, es decir se le dota de significados. Significados en cuanto a la salvaguarda de la calidad alimentaria, en cuanto a la salvaguarda de la calidad y preservación medioambiental, y también significados en la salvaguarda de la historia. Así lo rural se convierte en objeto diferenciado de consumo. Desde el lado alimentario encontramos con la creciente importancia de la agricultura ecológica, actividad que nos remite a la calidad productiva, a las producciones con denominación de origen que nos insertan en la calidad de consumo y las producciones de “alimentos de autor” que incorporan, sobre la calidad de producción y de consumo, elementos identitarios.

Observemos a este respecto, cómo han variado en los últimos años el etiquetado de los productos alimentarios. Si bien, no todos informan sobre la composición del producto, en todos han ido apareciendo múltiples “logos” y especificaciones sobre su reciclaje, sobre si se han utilizado procesos contaminantes, otras que tienen que ver con el comercio justo, con el empleo de mano de obra infantil, o con la aportación a programas de desarrollo en el tercer mundo... a todo ello se ha sumado una descripción de las cualidades saludables del producto y sellos sobre sus

controles y extensos apartados incardinando la calidad del producto a las condiciones históricas y sociales de la comarca: tradición, artesanía... La conocida norma de “trazabilidad” no es sino dotar de información a la mercancía.

Desde la vertiente medioambiental también encontramos numerosos ejemplos que inciden en la economía postproductiva del signo. ¿Cómo comprender, sino, el propio sentido y desarrollo de los parques naturales? Cómo explicar también la presión e incidencia de las regulaciones medioambientales que entran en colisión con las actividades tradicionales de extracción de recursos primarios que definían hasta ahora lo rural. O, cómo entender las nuevas competencias entre actores sociales que se establecen por los recursos: ¿Campos de golf o regadíos? ¿Apartamentos turísticos o invernaderos? como sucede en la costa de Almería.

Especialmente importante es en este sentido el papel que los espacios rurales y por extensión las poblaciones rurales cobran en la gestión moderna del riesgo. El “riesgo” es quizá el producto más sofisticado de la era postmoderna. El “riesgo” se construye sobre todo a partir de información, y por eso su definición es socialmente variable. Pero también el riesgo es una “no-mercancía”, son residuos que no producen beneficios sino costes. Así sobre el carácter de la nueva ruralidad también se proyecta el papel socialmente demandado de “guardián de la naturaleza” que adquieren las poblaciones rurales. Así por ejemplo en unas zonas se potencian cultivos y actividades que frenen la erosión y que mantengan los acuíferos, mientras que en otras zonas se envían depósitos de residuos y se sitúan actividades ambientalmente molestas en un claro intercambio mercantil por opciones de desarrollo económico.

Y en esta misma línea de procesos que definen la ruralidad, nos encontramos con la creciente presión residencial y turística que se hace sobre áreas concretas del medio rural. A continuación se verá con más detalle el fenómeno de los nuevos residentes, pero este fenómeno social sólo puede ser comprendido desde las demandas y reconocimiento que ellos hacen de la calidad ambiental y residencial de las áreas rurales y de la valoración que hacen además del medio y de sus gentes como sustrato identitario.

Tendencias y cambios sociales en la “nueva ruralidad”.

Vistos, de forma somera, algunos de los procesos socioculturales que configuran la ruralidad actual y que distinguen a ésta de la existente hace muy pocas décadas, es el momento de preguntarse por los efectos, por el paisaje social que compone hoy en día esta ruralidad. Me centraré en dos tipos de efectos, sobre las estructuras demográficas y sobre las estructuras laborales.

- **Desagrarización rural.** El primer síntoma de todo lo que se ha dicho es la pérdida de la tradicional primacía que tenían las actividades agrarias en el medio rural. Hoy, tan sólo 1 de cada cinco ocupados rurales son agricultores.³ (Vid. Tabla 1.) El descenso durante la última década ha sido rápido. Como se deduce de la tabla, han cambiado de actividad casi la tercera parte de los agricultores que residían en estos municipios. La conclusión es que, en muchos pueblos, la agricultura ya no es la actividad, en cuanto a población ocupada, dominante. Otra cuestión bien distinta es la importancia que tiene esta actividad en cuanto a consumo de espacio, de recursos, o el efecto multiplicador que produce sobre otras actividades de transformación agropecuaria como son la agroindustria o la “cuarta gama”... pero esto último es sólo en zonas ya muy concretas. Así, aunque el paisaje de los pueblos parezca agrario, el paisaje social ya no es monoagrario. La agricultura ya no es la única ni la principal actividad.

Tabla 1: Proporción de Activos Agrarios en municipios rurales de España.

	1991	1999	Evolución 1999-1991
Menores de 5.000 Hab.	31,1%	22,3%	-28,7%
Menores de 10.000 Hab.	27,4%	19,0%	-30,7%

Nota: Los activos comprenden a los parados y a los ocupados.

Fuente: Para 1991: Censo de Población, INE. Para 1999: Estudio CIS 2315.

Elaboración Propia

- **Desfamiliarización de la agricultura.** Además, la tradicional relación de la actividad agraria como actividad familiar se disuelve. Ahora, la agricultura deja de ser la única actividad incluso en el seno de las familias agrarias. Las familias han pasado a ser pluriactivas quedando la actividad agraria cada vez más relegada a un único miembro. Según la encuesta a explotaciones familiares agrarias llevada a cabo por Gómez Benito, González y Sancho Hazak en 1998 se desvela que el 41% de estas explotaciones sólo tiene un miembro dedicado a la actividad agraria. Es decir, progresivamente la explotación familiar se convierte en unipersonal.

La desfamiliarización agraria es un efecto de la modernización agraria. Como ha explicado Sampredo (1996) el paso de la familia campesina a la moderna explotación agraria ha sido únicamente de carácter tecnoproductivo. En dicha evolución se han olvidado las relaciones

³ Nótese, que los datos están referidos exclusivamente a municipios rurales. Para conjunto nacional los datos que proporciona la EPA para el tercer trimestre de 2002 señalan que los activos agrarios son menos del 6% (El 5,98% exactamente).



sociales y, en este sentido, dicha modernización ha mantenido las mismas relaciones patriarcales existentes en las sociedades campesinas para sustentar una nueva división social del trabajo. Las cónyuges, los hijos y especialmente las hijas han optado por desvincularse de dicha actividad. Algo que se verá de forma más clara en el apartado dedicado a la masculinización rural.

- **Urbanización agraria.** De forma paradójica y paralela a los dos procesos anteriormente citados, mientras la actividad agraria reduce su peso en cuanto a ocupación, y mientras pierde su carácter familiar, se observa la tendencia de urbanización residencial del colectivo de agricultores. Por ejemplo en 1991 el 22,1% vivían en municipios mayores de 20.000 habitantes, claramente urbanos, una década más tarde esta cifra alcanza casi a la cuarta parte de los agricultores, exactamente al 24,9%.⁴

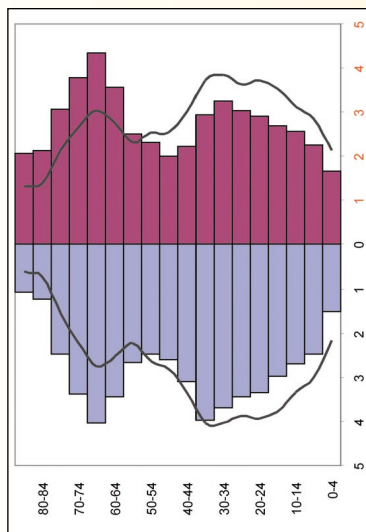
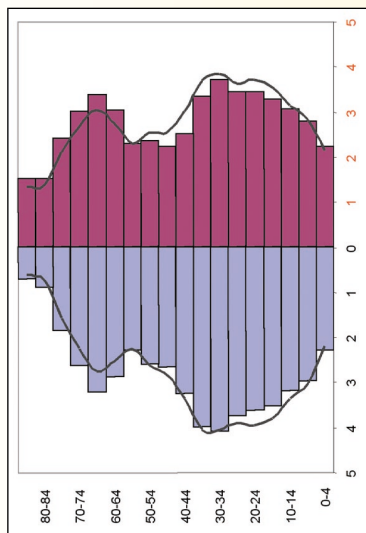
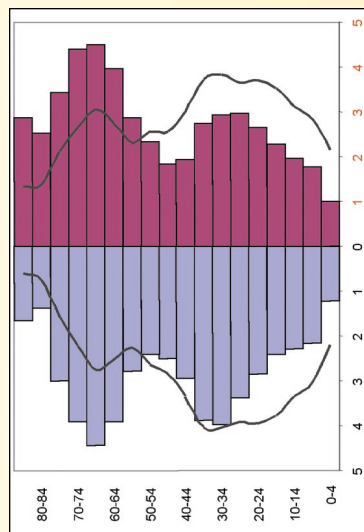
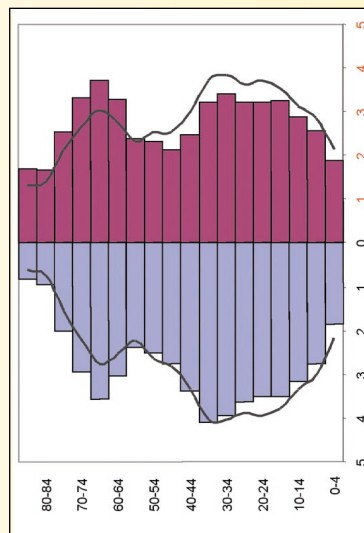
Es decir, cada vez hay más agricultores que residen en las ciudades y que se desplazan diariamente recorriendo decenas de kilómetros desde esta hasta las explotaciones situadas en áreas rurales. Los miembros de las familias agrarias han presionado para variar la residencia familiar para llevarla a lugares en donde encuentren opciones formativas y laborales al margen de los mercados laborales agrarios. Por ejemplo, en la provincia de Álava, una cuarta parte del total de agricultores residen en el centro urbano de Vitoria-Gasteiz, pero otro tanto pasa en las áreas de agricultura intensiva vinculada a la exportación de Almería o del Litoral Mediterráneo.

⁴ El dato de 1991 está obtenido del Censo de Población. INE. El de 1999 del Estudio CIS nº 2315. En ambos casos los datos incluyen a agricultores familiares, asalariados y parados agrarios.

Llegamos así, a observar una ruralidad cada día más exagrada y a comprender el carácter falaz del determinismo biosocial, definido por la modernidad, que vincula biunívocamente agricultura y ruralidad. Como puede apreciarse, también los agricultores presentan crecientes tasas de movilidad pendular y el entorno agrario de las familias, se ha reorientado en una fragmentación de entornos distintos para cada miembro de la misma.

El proceso de urbanización-industrialización y de éxodo rural que ha caracterizado el proceso modernizador español, ha tenido y tiene consecuencias claras sobre las estructuras demográficas rurales, hasta el punto que una vez agotado dicho proceso, dichas estructuras son herederas del mismo, a través de dos procesos clave: sobreenvejecimiento y masculinización rural. Dichos procesos son claramente patentes en los núcleos rurales extremeños. En el gráfico siguiente (Gráfico 1), se muestran las pirámides de población para los municipios rurales, y sobre dicha estructura se ha proyectado la estructura de la Región de Extremadura. Como puede verse, las diferencias entre ambas estructuras son claras, siendo más patentes en cuanto que los municipios son de menor tamaño.

- **Sobreenvejecimiento rural.** Si bien la población española en su conjunto envejece debido principalmente a la baja natalidad y en menor medida al aumento de la esperanza de vida, en las poblaciones rurales dicho envejecimiento es enormemente mayor. Por ejemplo los datos del Padrón de 1999 muestran que, para el conjunto de España en los municipios menores de 1000 habitantes, uno de cada cuatro residentes tiene más de 70 años. Los mayores de 65 años son aproximadamente el 40% de la población rural. Este sobreenvejecimiento rural tiene su explicación en el intenso éxodo rural de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, emigración que fue muy selectiva sobre las generaciones entonces jóvenes y por ello genésicas. Así no sólo se vacía una generación sino también las siguientes. Dicho proceso migratorio cercenó las posibilidades actuales de renovación vegetativa.
- **Masculinización rural.** Dicho proceso de éxodo también fue muy selectivo de forma que emigraron en mayor medida las jóvenes que los jóvenes. Buena parte de las causas de esta sobreemigración femenina han sido apuntadas anteriormente al hablar de la superposición de estructuras patriarcales en el proceso de modernización agraria. Las generaciones hoy intermedias han sido quienes han sufrido con mayor intensidad dicho proceso, ya que entonces eran la generación joven. Por ejemplo en la actualidad, en los municipios menores de 1.000 habitantes, a las edades de 40-44 años la relación es de siete mujeres por cada diez varones, cuando biológicamente les correspondería una relación paritaria (diez mujeres por cada diez varones). En la actualidad la masculinización se ha hecho crónica si bien ha reducido su intensidad. Es ahora menor, porque en las generaciones siguientes este paisaje social ha producido una mayor intensidad emigratoria de los varones jóvenes que compensa la sobreemigración femenina.

Gráfico 1. Estructuras demográficas rurales. Extremadura 1999*Fuente: Rectificación Padronal 1999. Elaboración propia***<500 Habitantes****De 500 a 1.000****De 1.000 a 2.000****De 2.000 a 5.000**

- **La “generación soporte”** Fruto de todos estos desequilibrios demográficos⁵ es que como puede apreciarse en el gráfico anterior las poblaciones rurales están en la actualidad soportadas por una única generación, la de quienes nacieron a mediados de la década de los sesenta del pasado siglo. Esta generación, ante la ausencia de las inmediatamente anteriores por el éxodo rural, y de las posteriores, por la caída de la fecundidad y de la natalidad, en un contexto de fuerte envejecimiento es la generación que concentra las distintas actividades rurales y quienes se han convertido en los principales y únicos protagonistas de los procesos de desarrollo y de la vida y actividades de las poblaciones rurales. Generación que además recuérdese que está fuertemente masculinizada.

Este es el “extremo paisaje demográfico rural”, producto principalmente de los procesos de modernización de la sociedad española. Una generación soporte, masculinizada en un contexto de fuerte envejecimiento. En esta situación el éxodo rural juvenil sigue siendo importante mientras que las poblaciones rurales continúan perdiendo su capacidad endógena de renovación. Sin embargo, estos procesos por si solos no agotan las fuentes de desequilibrio demográfico.

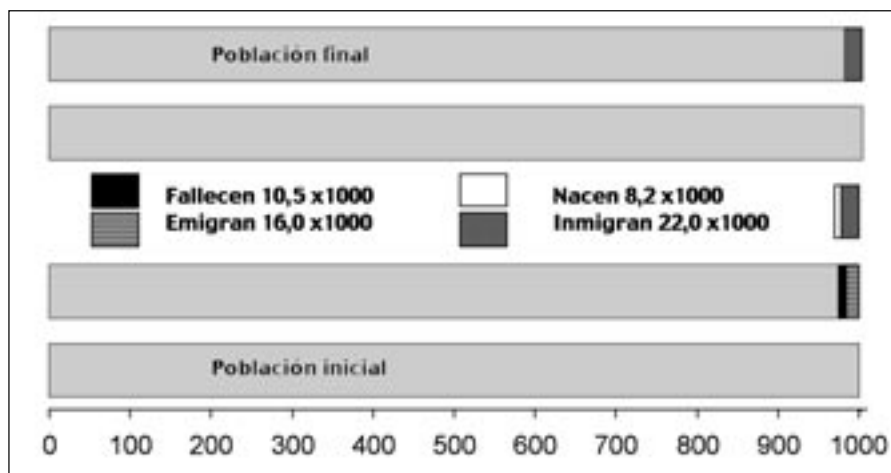
Desde mediados de la década de los ochenta el tradicional éxodo rural ha dado paso, de forma paulatina, a un proceso de intercambio demográfico entre áreas rurales y urbanas. Es decir el saldo migratorio de las áreas rurales ha dejado de tener valores negativos acercándose al valor cero e incluso en buena parte de las áreas rurales ha alcanzado valores positivos. Precisamente, la construcción postmoderna de lo rural ha ido haciendo que adquiera un valor añadido para actividades residenciales, de ocio y turismo. Consecuencia de ello es la aparición de los “nuevos residentes”.

- **Emergencia de nuevos residentes.** Dentro de estos procesos de (re)valorización de los espacios rurales y de desvalorización residencial de los espacios urbanos viene produciéndose un larvado y discreto, en cuanto a número, proceso de asentamiento de nuevos residentes. Su importancia es fundamentalmente cualitativa, porque tienen características radicalmente distintas de las de las poblaciones de destino. Así, los nuevos residentes, se caracterizan por un mayor nivel cultural y de renta, una red de actividad y relacional extralocal e intereses económicos y políticos distintos a los de los autóctonos. Todo ello produce una nueva diferenciación en las esferas de la vida política. Por ejemplo el tradicional orden social sustentado en la propiedad agraria relativiza su peso en la medida en que ya no se está ante municipios monoagrarios y en el hecho de que los nuevos residentes se constituyen como agentes sociales.

⁵ El lector interesado encontrará una exposición mas detallada de los mismos en Camarero (1997 y 2002)

- **Recesión demográfica con renovación poblacional.** El efecto de los nuevos residentes no es tanto numérico como cualitativo. De hecho, a partir de las estructuras demográficas apuntadas anteriormente es fácil observar que los saldos vegetativos son negativos en el medio rural, es decir fallecen más personas que las que nacen, con lo que realmente se pierde en términos absolutos población. Por otra parte, aunque el balance migratorio sea cercano al valor cero, estos pocos, numéricamente, nuevos residentes, tienen un efecto significativo a corto plazo en cuanto a la renovación de las poblaciones rurales. Lo dicho anteriormente puede observarse siguiendo el *gráfico 2*. La barra inferior representa la población rural de partida. Dicha población se ha definido como los residentes en municipios menores de 10.000 habitantes. Los datos están referidos a 1998. La barra siguiente diferencia la proporción de personas que dicha población perderá por mortalidad -el 10,5 por mil- y por emigración -el 16 por mil-. A esta perdida hay que añadir los nacimientos -8,2 por mil- que habrá en dicha población y los inmigrantes o nuevos residentes -22 por mil-. El resultado se reproduce en la siguiente barra. Así la población rural española en 1998 creció de forma inapreciable,⁶ exactamente un escaso 0,037%. En la barra superior se ha representado proporcionalmente el número de nuevos residentes en dicha población, su volumen es pequeño un 2,19%. Sin embargo, este pequeño número de efectivos tiene a medio plazo efectos importantes en el seno de las comunidades locales.

Gráfico 2. Balance demográfico de los municipios rurales

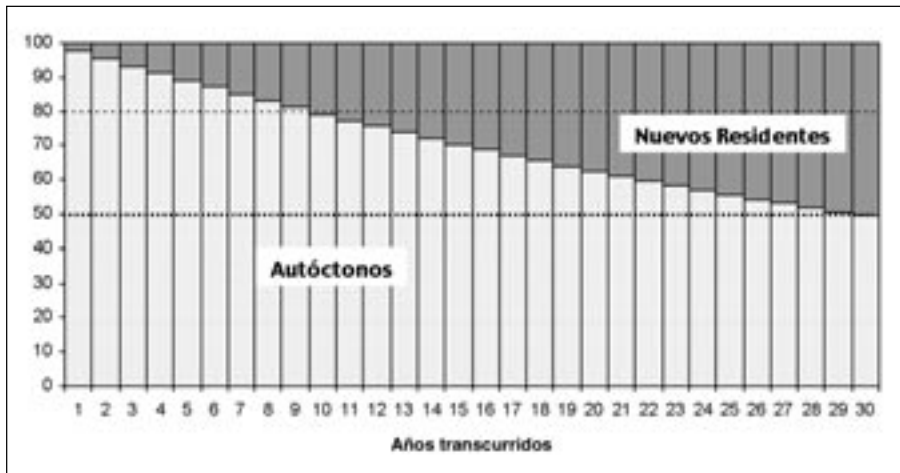


Fuente: Vid Camarero 2002.

⁶ El dato de 1991 está obtenido del Censo de Población. INE. El de 1999 del Estudio CIS nº 2315. En ambos casos los datos incluyen a agricultores familiares, asalariados y parados agrarios.

En el *gráfico 3* se ha simulado el efecto que tendría sobre una población el hecho de que cada año un 2,2% de sus habitantes sean nuevos residentes. Los resultados muestran que, en el plazo de una década, el 20% de la población serán personas que no han nacido en la localidad y que proceden de áreas urbanas, y en el plazo de tres décadas dicha localidad estaría compuesta mitad y mitad por población autóctona y por nuevos residentes urbanos. Si, sobre estos efectos, se tiene en cuenta que socialmente los nuevos residentes mantienen características socioeconómicas muy distintas de las poblaciones autóctonas, y el fuerte impacto de su volumen a medio plazo, la conclusión apunta a una acelerada heterogeneidad social y sobre todo pone en tela de juicio otro de los mitos que la modernidad ha impuesto sobre el medio rural: su propio carácter de comunidad local diferenciada.

Gráfico 3. El efecto de los nuevos residentes en la composición de las poblaciones rurales



Fuente: Vid Camarero 2002.

Precisamente, esta segunda discontinuidad de diferenciación entre comunidad y localidad es patente cuando se analizan los mercados laborales en el medio rural. Si en primer lugar se hablaba de una ruptura entre agricultura y ruralidad todo ello en un contexto de desierto de actividades y, posteriormente se añadía la importancia creciente de colectivos de nuevos residentes con redes sociales y laborales externas a la localidad, la conclusión parece apuntar a la inexistencia de mercados locales de empleo en el medio rural. Esto es así y efectivamente se comprueba al observar la importancia que los desplazamientos laborales tanto diarios como estacionales tienen para las poblaciones rurales, síntoma todo ello de lo dicho al principio de este texto: de la compresión espacio-temporal.

- **Estacionalidad laboral y Conmuting rural.** El desarrollo de la actividad en los núcleos rurales es hoy sólo posible a través de complejas estrategias de movilidad pendular y estacional. Anteriormente se explicó el “conmuting inverso”. Se habló de cómo, incluso, los agricultores van a los pueblos a trabajar. Los mercados laborales de los núcleos rurales son hoy extralocales. Este fenómeno es importante por ejemplo en el interior Castellano-Manchego con el mercado de la construcción de la comunidad de Madrid, estableciéndose recorridos diarios de hasta y más de 200 km. de ida, y otros tantos de vuelta. (Vid. Oliva 1995). También dentro de esta lógica de compresión espacio temporal, se puede destacar por ejemplo que muchas de las jóvenes rurales extremeñas practiquen movimientos estacionales vinculando actividades agrarias en sus lugares de residencia con el desarrollo de actividades turísticas del litoral mediterráneo e insular. Pero también, el reciente asentamiento de poblaciones inmigrantes procedentes del norte de África y del este europeo en el medio rural sigue patrones de itinerancia que en algunos casos han dado lugar a la denominación de estrategias “neonómadas”. (Véase al respecto Pedreño, 1999).
- **Desregulación laboral: colectivos inmigrantes y género.** Si la temporalidad, eventualidad y precariedad laboral comienzan a definir al trabajador del siglo XXI ello es especialmente cierto en el medio rural español. Además del trabajo asalariado agrario, los empleos en la industria (agroindustria, textil, pequeña manufactura) y los nuevos yacimientos de empleo que ahora aparecen en el entorno de los servicios de atención personal y comunitarios (cuidado de niños, sobre todo ancianos y otros derivados de la animación y atención sociocultural ...) han crecido en la misma medida en que dichos empleos se “informalizaban”. Dicha desregulación se establece mediante la segmentación del mercado laboral principalmente a través de sus oposiciones principalmente de género y etnia. Es decir, inmigrantes y mujeres, y también jóvenes como colectivos vulnerables soportan dichas actividades. El caso de los inmigrantes parece claro, el caso de las mujeres resulta por lo general oculto. Sin embargo, la invisibilidad laboral de las mujeres rurales es creciente. Recientemente se ha estimado que 400.000 mujeres rurales están en situación de trabajo irregular.⁷ Dicho de otra forma de cada tres que trabajan 1 lo hace de forma irregular. Pero el tema resulta algo más complejo, así viene observándose una dualización de las posiciones laborales de las mujeres rurales.
- **Segmentación y dualidad del mercado laboral femenino rural.** En franca oposición respecto a la creciente informalización de los mercados laborales rurales femeninos comentados en el punto anterior, se observa que en los núcleos rurales el trabajo

⁷ Sobre un colectivo de 2 millones de residentes en municipios menores de 10.000 habitantes entre 18 y 50 años. Documento inédito elaborado por el autor.

cualificado es ocupado por mujeres -veterinarias, médicas, secretarías de ayuntamientos...-. En estos empleos de mayor estabilidad, de carácter profesional y de alta cualificación, el medio rural aparece como un “mal destino”, al que se atribuye una menor capacidad de desarrollo profesional, menor proximidad a los centros de poder... y sintomáticamente aparecen feminizados en dicho hábitat. La explicación a ello hay que buscarla en la segmentación profesional de género que se proyecta sobre el hábitat. Así, encontramos una compleja realidad laboral compuesta por mujeres cualificadas en el medio rural que son expulsadas de los empleos urbanos y por trabajadoras invisibles que nutren buena parte del resto de las actividades.

La naturaleza postmoderna de la ruralidad

En definitiva el recorrido realizado en las páginas anteriores ha mostrado que el carácter de la ruralidad española en el momento actual no puede ser comprendido bajo los supuestos de la modernidad. Supuestos que determinaban que las poblaciones rurales eran producto de sus circunstancias ambientales, y por ello estaban fundamentalmente vinculados a actividades agrarias y restringidos en sociabilidad al estricto marco de la vida local. Por el contrario lo que se ha observado es la existencia de dos discontinuidades, no existe una relación biunívoca entre agricultura y ruralidad y las relaciones e intereses de las distintas poblaciones rurales superan con creces el espacio local. La conclusión apunta a que la definición y consideración actual de la ruralidad es una definición social antes que ambiental, es una definición elaborada desde el conjunto de la sociedad global y que dicho carácter no es sino una proyección del espíritu postmoderno y de las circunstancias de las sociedades postmodernas.

En lo que afecta a los procesos de desarrollo esto quiere decir que resulta imperativo la apertura de los enfoques actualmente en curso a procesos sociales de orden general y global que determinan el carácter de la vida local. Se trata de evitar reflexiones limitadas desde el confinamiento de procesos locales internos. Ello implica en última instancia dar un peso y relevancia mayor a los procesos sociales, a la observación de los distintos paisajes sociales aquí detallados, en aras de reducir el excesivo peso que tiene la interpretación, aún moderna, del desarrollo como sinónimo del crecimiento socioeconómico.



Bibliografía

Baudrillard, J. (1991):

Crítica de la economía política del signo. Madrid, Siglo XXI.

Camarero, L. (1997):

"Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural: ruralidad y agricultura". En: Gómez Benito, C. y González, J.J.: Agricultura y Sociedad en la España Contemporánea. Madrid. CIS-MAPA.

Camarero, L. (2002):

"Pautas y tendencias demográficas del medio rural: la población rural en la última década del siglo XX." En: Gómez Benito, C. y González, J.J.: Agricultura y Sociedad en el cambio de siglo. Madrid. Mc Graw Hill.

Castells, M. (1998):

La sociedad red. Madrid, Alianza Editorial.

Gómez Benito, C.; González, J.J. y Sancho Hazak, R. (1999):

Identidad y Profesión en la agricultura Familiar. Madrid. CIS.

Harvey, D. (1998):

La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Lash, H. y Urry, J. (1987):

The end of organised capitalism. Oxford University Press.

Oliva, J. (1995):

Mercado de Trabajo y Reestructuración Rural. Madrid, Ministerio de Agricultura.

Oliva, J. y Camarero, L. (2001):

"Shifting Rurality. The Spanish Countryside after De-peasantisation and De-agrarianisation." En: Granberg, L.; Kovách, I. y Tovey, H.: Europe's green ring. Aldershot, Ashgate.

Pedreño, A. (1999):

"Del Jornalero Agrario al Obrero de las Factorías Vegetales." Madrid, Ministerio de Agricultura.

Sampedro, M.R. (1996):

"Género y Ruralidad: las mujeres ante el reto de la desagrarización". Madrid, Instituto de la Mujer.